

DON QUIJOTE DE LA MANCHA



LA PRIMERA EDICION
REPRODUCIDA, DESPUES DE 266 AÑOS,
POR LA
FOTO-TIPOGRAFIA
Y PUBLICADA POR SU INVENTOR el Coronel D. FRANCISCO LOPEZ FABRA.
de la que son
Presidente el Excmo. Sr. D. Juan F. Hartzemusch,
y Secretario el Sr. D. Carlos Fromantra.
BARCELONA. MDCCCXIII.
ENTREGA.

CERVANTES

Quixote de la Mancha. 233

si le auian buuelto, y restituydo las alhajas, y presseas que los suyos del ruzio le auian quitado: Sancho respondio, que si, sino que le faltauan tres tocadores, que valian tres ciudades. Que es lo que dizes, hombre, dixo vno de los presentes, que yo los tengo, y nõ valen tres reales. Así es, dixo don Quixote: pero estimalos mi Escudero en lo que ha dicho, por auermelos dado, quien me los dio. Mandoselos boluer al punto Roque Guinart, y mandando poner los suyos en ala, mandò traer alli delante todos los vestidos, joyas, y dineros, y todo aquello, que desde la vltima reparticion auian robado, y haciendo breuemente el tanteo, boluendo lo no reparabile, y reduziendolo a dineros, lo repartiò por toda su compañia, con tanta legalidad, y prudencia, que no pasó vn punto, ni defraudò nada de la justicia distributua. Hecho esto, con lo qual todos quedaron contentos, satisfechos, y pagados, dixo Roque a don Quixote: Sino se guardasse esta puntualidad con estos, no se podria viuir con ellos: à lo que dixo Sancho: Segun lo que aqui he visto, es tan buena la justicia, que es necesaria que se vse aun entre los mismos ladrones. Oyolo vn Escudero, y enarbolò el mocho de vn arcabuz, con el qual, sin duda le abriera la cabeça a Sancho, si Roque Guinart no le diera voces, que se detuiesse. Pasmose Sancho, y propuso de no descõsser los labios en tanto, que entre aquella gente estuiesse. Llegò en esto vno, ò algunos de aquellos Escuderos, q̄ estauã puestos por centinelas por los caminos, para ver la gente que por ellos venia, y dar auiso a su mayor de lo que passaua, y este dixo: Señor, no lexos de aqui, por el camino q̄ va a Barcelona, viene vn gran tropel de gente: à lo que respondio Roque: Hasechado de ver, si son de los q̄ nos buscan, ò de los que nosotros buscamos? No sino de los que buscamos, respondio el Escudero. Pues salid todos, replicò Roque;

Gg y tra-

Segunda parte de don

y trahedme los aqui luego, sin que se os escape ninguno: hizieronlo assi, y quedandose solos don Quixote, Sancho, y Roque, aguardaron a ver lo que los Escuderos traian, y en este entretanto, dixo Roque a don Quixote: Nueva manera de vida le deve de parecer al señor don Quixote la nuestra, nuevas Auenturas, nuevos successos, y todos peligrosos, y no me maravillo, que assi le parezca: porque realmente le confieso, que no ay modo de viuir mas inquieto, ni mas sobresaltado que el nuestro: â mi me han puesto en el no sê que desseos de vengança, que tienen fuerça de turbar los mas sossegados coraçones: yo de mi natural soy compasiuo, y bien intencionado: pero (como tengo dicho) el querer vengarme de vn agrauio, que se me hizo assi dâ cõ todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado a despecho, y pessar de lo que entiendo; y como vn abismo llama â otro, y vn pecado â otro pecado, hâse eslabonado las venganças, de manera que no solo las mias, pero las agenas tomo a mi cargo: pero Dios es seruido, de q̄ aunq̄ me veo en la mitad del laberinto de mis cõfusions, no pierdo la esperança de salir del a puerto seguro. Admirado quedô don Quixote de oyr hablar a Roque tã buenas, y concertadas razones, porq̄ el se pësaua, que entre los de oficios semejãtes de robar, matar, y saltar, no podia auer alguno que tuuiesse buen discurso, y respondiõle: Señor Roque, el principio de la salud estã en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el Medico le ordena, v. m. estã enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, ò Dios (por mejor dezir) q̄ es nuestro Medico, le aplicará medicinas q̄ le sanẽ, las quales suelen sanar poco a poco, y no de repẽte, y por milagro, y mas, q̄ los pecadores discretos estã mas cerca de enmẽdarse, q̄ los simples, y pues v. m. ha mostrado en sus razones su prudẽcia, no ay sino tener buen animo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia,

cia, y si v. m. quiere ahórrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacion, vengafe conmigo, que yo le enseñaré á ser Cauallero Andante, donde se passan tantos trabajos, y desueltas, que tomándolas por penitencia en dos paletas le pondran en el cielo. Riose Roque del consejo de don Quixote, a quien (mudando plática) contó el tragico suceso de Claudia Geronyma, de que le pesò en estremo a Sancho, que no le auia parecido mal la belleza, dessemboltura, y brio de la moça. Llegaron en esto los Escuderos de la pressa, trayendo consigo dos Caualleros acauallo, y dos peregrinos a pie, y vn coche de mugeres con hasta seis criados, que a pie, y acauallo las acompañauan, con otros dos moços de mulas que los Caualleros traian: cogieronlos los Escuderos en medio, guardando vencidos, y vencedores gran silencio, esperando a que el gran Roque Guinart hablasse: el qual preguntò a los Caualleros, que quien eran, y adonde yuan, y que dinero lleuauan: vno dellos le respondió: Señor, nosotros somos dos Capitanes de Infanteria Española, tenemos nuestras compañías en Napoles, y vamos a embarcarnos en quatro galeras, que dicen, estan en Barcelona, con orden de passar a Sicilia: llevamos hasta docientos, o trecientos escudos, con que á nuestro parecer vamos ricos, y contentos, pues la estrecheça ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros. Preguntò Roque a los peregrinos lo mesmo que a los Capitanes, fuele respondido, que yuan a embarcarse para passar a Roma, y que entre entrambos podian llevar hasta sesenta reales: quiso saber tambien, quien yua en el coche, y adonde, y el dinero que lleuauan, y vno de los de acauallo dixo: Mi señora doña Guiomar de Quiñones, muger del Regente de la Vicaria de Napoles con vna hija pequeña, vna donzella, y vna dueña son las que van en el coche, acompañamosla seis criados,

Segunda parte de don

y los dineros son seiscientos escudos . De modo , dixo Roque Guinart , que ya tenemos aqui noucientos escudos , y sesenta reales : mis soldados denen de ser hasta sesenta , mirese a como le cabe a cada vno : porque yo soy mal contador . Oyendo dezir esto los salteadores , levantaron la voz , diciendo : Viva Roque Guinart muchos años , a pesar de los lladres , que su perdicion procuran . Mostraron asfirse los Capitanes , entristiose la señora Regenta , y no se holgaron nada los peregrinos , viendo la confiscacion de sus bienes : tunolos asi vn rato suspensos Roque : pero no quiso que passasse adelante su tristeza , que ya se podia conocer a tiro de arcabuz , y boluiendose a los Capitanes , dixo : Vuellas mercedes , señores Capitanes , por cortesía sean seruidos de prestarme sesenta escudos y la señora Regenta ochenta , para contentar esta esquadra que me acompaña : porque el Abad de lo que canta yanta : y luego pueden se yr su camino libre , y dessembaraçadamente con vn Saluconduto , que yo les daré , para que si toparen otras de algunas esquadras mias , que tengo diuididas por estos contornos , no les hagan daño , que no es mi intencion de agrauar a soldados , ni á muger alguna , especialmente a las que son principales . Infinitas , y bien dichas sacron las razones con que los Capitanes agradecieron a Roque su cortesía , y liberalidad , que por tal la tuuierõ en dexarles su mismo dinero . La señora doña Guio mar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies , y las manos del gran Roque : pero el no lo consintió en ninguna manera , antes le pidio perdon del agrauio , que le auia forçado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio . Mandó la señora Regēta a vn criado suyo diessse luego los ochēta escudos que le auian repartido : y ya los Capitanes auian dessembolsado los sesenta , yuã los peregrinos a dar toda su miseria : pero Roq les dixo ,

dixo, que se estuviessen quedos, y boluicndose a los suyos les dixo: Destos escudos dos tocan a caca vno, y sobran veynte, los diez se den â estos peregrinos, y los otros diez a este buen Escudero, porque pueda dezir bien de esta auentura; y trayendole adereço de escriuir, de que siempre andaua proueydo, Roque les dio por escrito vn Saluoconduto, para los Mayorales de sus esquadras, y despidiendose dellos, los dexó y libres, y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion, y extraño proceder, teniéndole mas por vn Alexan tro Magno, que por ladron conocido: vno de los Escuderos dixo en su lengua Gascona, y Catalana: Este nuestro Capitan mas es para Frade, que para bandolero: si de aqui adelante quisiere mostrar se liberal, sealo con su hazienda, y no con la nuestra. No lo dixo tan paflo el desuenturado, que dexasse de oyrlo Roque, el qual echãdo mano a la espada le abrió la cabeça casi en dos partes, diziendole: De esta manera castigo yo a los deslenguados, y atreuidos: pasmaron se todos, y ninguno le osó dezir palabra, tanta era la obediencia que le tenian. A partose Roque â vna parte, y escriuió vna carta a vn su amigo a Barcelona, dandole auiso como estaua consigo el famoso dõ Quixote de la Mancha, aquel Cauallero Andante de quiẽ tantas cosas se dezian, y que le hazia saber, que era el mas gracioso, y el mas entendido hombre del mundo, y que de alli a quatro dias, que era el de san Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la ciudad armado de todas sus armas, sobre rozinante su cauallo, y a su Escudero Sãcho, sobre vn asno, y que diese noticia desto a sus amigos los Niarros, para que con el se solazassen, que el quisiera que carecieran deste gusto los Cadells sus contrarios, pero q̃ esto era imposible, â causa que las locuras, y discreciones de don Quixote, y los donayres de su Escudero Sãcho Pança, no podian dexar de dar gusto general a todo el mundo. Despachó estas cartas con vno de sus escuderos

Segunda parte de don

escuderos, que mudando el traje de bandolero, en el de vn
labrador, entró en Barcelona, y la dio a quien yua.

*Cap. LXL. De lo que le sucedio a don Quixote en la entrada de
Barcelona, con otras, que tienen mas de lo verdadero,
que de lo discreto.*

TRes días, y tres noches estuuo dō Quixote cō Roque,
y si estuuiera treciētos años no le faltara, q̄ mirar, y ad
mirar en el modo de su vida: aqui amaneziã, acullã comiã,
vnas vezes huian sin saber de quien, y otras espcrauan sin
saber a quiẽ. Dormiã en pie, interrõpiendo el sueño, mu-
d andose de vn lugar a otro: todo era poner espías, escu-
char centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuzes, aun-
que traían pocos, porque todos se seruián de pedreñales:
Roque passaua las noches apartado de los suyos, en par-
tes, y lugares donde ellos no pudieffen saber dōde estaua:
porq̄ los muchos bandos q̄ el Visorrey de Barcelona auia
echado sobre su vida, le traía inquieto, y temeroso y no se
osaua fiar de ninguno, temiendo, que los mismos suyos, ô
le auian de matar, ô entregar a la justicia: vida por cierto
miserable, y enfadosa; en fin por caminos desusados, por
atajos, y sendas encubiertas partieron Roque, don Qui-
xote, y Sancho con otros seis escuderos a Barcelona, lle-
garon a su playa la vispera de san Iuan en la noche, y abra-
çando Roque a don Quixote, y a Sancho, a quien dio los
diez escudos prometidos, que hasta entonces ño se los a-
uia dado, los dexó con mil ofrecimientos que de la vna a
la otra parte se hizieron. Boluiose Roque, quedose don
Quixote esperando el dia assi acuallo como estaua, y no
tardó mucho, quando començó a descubrirse por los bal-
cones del Oriente la faz de la blanca Aurora, alegrando
las yeruas, y las flores, en lugar de alegrar el oydo, aũque
al mesmo instante alegraron tambien el oydo el son de
muchas chirimias, y arabales, ruydo de cascaueles, trapa,
trapa,

trapa, aparta, aparta, de corredores, que al parecer de la ciudad salía: dio lugar la Aurora al Sol, que vn rostro mayor que el de vna rodela, por el mas baxo Orizonte, poco à poco se yua leuantando. Tendieron don Quixote, y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entonces dellos no visto, parecioles espaciofísimo, y largo, harto mas que las lagunas de Ruydera, q̄ en la Mancha auian visto; vieron las galeras que estauan en la playa, las quales, abatiendo las tiēdas, se descubrierō llenas de flamas, y gallardetes, que tremolauan al viento, y besauan, y barrían el agua: dentro sonauan clarines, trompetas, y chirimias, que cerca, y lexos lleuauan el ayre de suaues, y bellicosos acentos: començaron a mouerse, y ha hazer modo de escaramuça por las sossegadas aguas, correspondiēdoles casi al mismo modo infinitos Caualleros, que de la ciudad sobre hermosos caualllos, y cō vistosas libreas salian. Los soldados de las galeras disparauan infinita artilleria, a quien respondian los que estauan en las murallas, y fuertes de la ciudad; y la artilleria gruesa con espantoso estruendo rompía los vientos, a quien respondian los cañones de cruxia de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el ayre claro, solo tal vez turbio del humo de la artilleria, parece que yua infundiendo, y engendrando gusto subito en todas las gētes. No podia imaginar Sancho, como pudieſſen tener rātos pies aquellos bultos, q̄ por el mar se mouiā: en esto llegarō corriēdo con grita, lillies, y algazara los de las libreas, adōde D. Quixote suspēso, y atonito estaua, y vno dellos, q̄ era el auisado de Roque, dixo en alta voz a D. Quixote: Bien sea venido a nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella, y el Norte de toda la Caualleria Andante, donde mas largamente se contiene: Biē sea venido (digo) el valeroso don Quixote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apocriſo, que en falsas Historias estos dias nos han mostrado, ſino el verdadero.

Segunda parte de don

dadero, el legal, y el fiel, que nos descriuió Cide Amete Benengeli, flor de los Historiadores. No respondió don Quixote palabra, ni los Caballeros esperaron a que la respondiese, sino boluiendose, y reboluiendose con los demas q̄ los seguian començaron â hazer vn rebuelto caracol al derredor de don Quixote, el qual, boluiendose a Sancho, dixo: Estos bien nos han conocido, yo apostarê, que han leydo nuestra Historia, y aun la del Aragonés recien impressa. Boluio otro vez el Cauallero que habló a dō Quixote y dixole: Vuestra merced, señor don Quixote, se venga con nosotros, que todos somos sus seruidores, y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que don Quixote respondió: Si cortesias engendran cortesias, la vuestra, señor Cauallero, es hija, ô parienta muy cercana de las del gran Roque: lleuadme do quisieredes, que yo no tēdre otra voluntad que la vuestra, y mas si la queris ocupar en vuestro seruicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el Cauallero, y encerrandole todos en medio al son de las chirimias, y de los atabales, se encaminaron con el a la ciudad; al entrar de la qual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos que el malo, dos dellos trauiessos, y atreuidos, se entraron por toda la gente, y alçando el vno de la cola del ruzio, y el otro la de rocinante, les pusieron, y encaxaron sendos manojos de aliagas, sintieron los pòbres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas aumentaron su disgusto; de manera, que dando mil corcobos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quixote, corrido, y afrentado, acudió a quitar el plumage de la cola de su matalote, y Sancho el de su ruzio. Quisieran los que guiauán a don Quixote castigar el atreuimiento de los muchachos, y no fue posible, porque se encerraron entre mas de otros mil q̄ los seguian: boluieron a subir don Quixote, y Sancho con el mismo aplauso, y musica llegaron a la casa de su guia, que

que era grande, y principal, en fin como de Cavallero rico, donde le dexaremos por agora, porque assi lo quiere Cide Hamete.

Cap. LXII. Que trata de la Aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dexar de contarse.

DON Antonio Moreno, se llamava el huésped de dō Quixote, Cavallero rico, y discreto, y amigo de holgarle á lo honesto, y afable: el qual viendo en su casa a dō Quixote, andava buscádo modos como, sin su perjuizio, sacasse á plaça sus locuras: porq̄ no son burlas las que duelen, ni ay passatiēpos que valgā, si son cō daño de tercero: lo primero q̄ hizo, fue, hazer desarmar a don Quixote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho, y acamuza do vestido (como yo otras vezes le hemos descrito, y pintado) á vn valcon, que salia a vna calle de las mas principales de la ciudad a vista de las gentes, y de los muchachos, que como a mona le mirauan: corrieron de nuevo delante del los de las libreas como si para el solo (no para alegrar aquel festiuo dia) se las huieran puesto, y Sancho estava contentissimo, por parecerle, que se auia hallado, sin saber como, ni como no, otras bodas de Camacho; otra casa como la de don Diego de Miranda; y otro Castillo como el del Duque. Comierō aquel dia con dō Antonio algunos de sus amigos, honrádo todos, y tratádo a D. Quixote como á Cavallero Andante, de lo qual hueco, y pōposo, no cabia en si de cōtento: los donayres de Sācho fuerō tātos, q̄ de su boca andauan como colgados todos los criados de casa, y todos quantos le oían. Estando a la messa, dixo dō Antonio a Sancho: Acá tenemos noticia, buē Sācho, que sois tan amigo de manjar blanco, y de albondiguillas, que si os sobran las guardais en el seno para el otro dia.

Gg 5 No

Segunda parte de don

No señor, no es así, respondió Sancho: porque tēgo mas de limpio, que de goloso, y mi señor don Quixote, que esta delãte, sabe bien, que con vn puño de bellotas, ó de nueces nos solemos passar entrambos ocho dias: verdad es, que si tal vez me sucede, que me den la vaquilla, corro con la soguilla (quiero dezir) que como lo que me dan, y vso de los tiempos como los hallo: y quienquiera que huviere dicho, q̄ yo soy comedor auerajado, y no limpio, tēgase por dicho, q̄ no acierta, y de otra manera dixera esto, sino mirara a las barbas honradas, que estan a la mesa. Por cierto, dixo don Quixote, que la parsimonia, y limpieça con que Sancho come, se puede escriuir, y grauar en laminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros: verdad es, que quando el tiene hambre, parece algo tragon, porque come a priessa, y masticca a dos carrillos: pero la limpieça siempre la tiene en su punto, y en el tiempo que fue Governador aprendio a comer a lo melindroso, tanto, que comia con tenedor las vuas, y aun los granos de la granada. Como, dixo don Antonio, Governador ha sido Sancho? Si, respondió Sancho, y de vna Isula llamada la Barataria, diez dias la gobernē a pedir de boca, en ellos perdi el sosiego, y aprendi a despreciar todos los Gouernos del mundo; sali huyendo de ella, caí en vna cucua, adōde me tuue por muerto, de la qual sali viuo por mlagro. Contò don Quixote por menudo todo el suceso del Gouierno de Sancho con que dio grã gusto a los oyentes. Leuantados los manteles, y tomãdo don Antonio por la mano a D. Quixote, se entrò cō el en vn apartado aposento, en el qual no auia otra cosa de adorno q̄ vna mesa al parecer de jaspe, que sobre vn pie de lo mesmo se sostenia, sobre la qual estaua puesta al modo de las cabeças de los Emperadores Romanos, de los pechos arriba vna, q̄ semejava ser de bronce. Pãseose D. Antonio con D. Quixote por todo el aposento, rodeãdo muchas

chas vezes la mesa, despues de lo qual dixo. Agora, señor D. Quixote, q̄ estoy enterado, que no nos oye, y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero cōtar â v. m. vna de las mas raras auēturas, ô por mejor dezir, nouedades, que imaginarse pueden, con condicion, que lo que a v. m. dixere lo ha de depositar en los vltimos retretes del secreto. Así lo jurô, respondió don Quixote, y aun le echarê vna losa encima para mas seguridad: porque quiero que sepa v. m. señor don Antonio (que ya sabia su nombre) que está hablando con quien, aunque tiene oydos, para oyr, no tiene lengua para hablar, así que con seguridad puede v. m. trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hazer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En fee de essa promessa, respondió don Antonio, quiero poner â v. m. en admiraciō con lo q̄ viere, y oyere, y darmc â mí algun aliuio de la pena q̄ me causa, no tener con quien comunicar mis secretos, q̄ no son para fiarse de todos. Suspenso estaua dō Quixote, esperando, en q̄ auia de parar tantas preuenciones: en esto, tomandole la mano don Antonio se la passê por la cabeça de brōce, y por toda la mesa y por el pie de jaspe, sobre q̄ se sostenia, y luego dixo: Esta cabeça, señor don Quixote, ha sido hecha, y fabricada por vno de los mayores encâtadores, y hechizeros, ha tenido el mūdo, q̄ creo era Polaco de nac'ō, y dicipulo del famoso Escotillo, de quiẽ tantas maravillas se quēran, el qual estubo aqui en mi casa, y por precio de mil escudos, q̄ le di, labrô esta cabeça, q̄ tiene propiedad, y virtud de respōder â quantas cosas al oydo le preguntaren: guardô rumbos, pintô caracteres, obseruô Astros, mirô puntos, y finalmente la sacô con la perfeccion, que veremos mañana, porque los Viernes está muda, y oy que lo es nos ha de hazer esperar hasta mañana: en este tiēp podra v. m. preuenirse de lo que querra preguntar, q̄ por esperiēcia sê, q̄ dize verdad en quāto respōdc. Admirado quedo D. Quixote de la
virtud,

Segunda parte de don

virtud y propiedad de la cabeça, y estuuo por no creer a don Antonio : pero por ver quan poco tiempo auia para hazer la experiencia, no quiso dezirle otra cosa, sino que le agradecia el auerle descubierto tan gran secreto: salierõ del aposento, cerrõ la puerta don Antonio con llave, y fueronse a la sala, donde los demas Caualleros estauan: en este tiempo les auia contado Sancho muchas de las auenturas, y sucessos que a su amo auian acontecido. Aquella tarde sacaron a passear a dõ Quixote, no armado, sino de rua, vestido vn balandran de paño leonado, que pudiera hazer sudar en aquel tiempo al mismo yelo, ordenaron cõ sus criados que entretuniesen a Sancho, de modo, que no le dexassen salir de casa : yua don Quixote no sobre rocinante sino sobre vn gran macho de paso llano y muy bien aderecado, pusieronle el balandran, y en las espaldas sin que lo viesse le cosieron vn pargamino donde le escriuieron con letras grandes: Este es don Quixote de la Mancha: en començando el passeio, lleuaua el retulo los ojos de quantos venian a verle, y como leían : Este es don Quixote de la Mancha, admirauase don Quixote de ver que quantos le mirauan le nombrauan, y conocian y boluendose a don Antonio, que yua a su lado le dixo: Grande es la prerrogatiua que encierra en si la andãte Caualleria, pues haze conocido y famoso al que la professa por todos los terminos de la tierra, sino mire v. m. señor don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad, sin nunca auerme visto me conocen. Así es señor don Quixote, respondió don Antonio, que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede de xar de ser conocida, y la que se alcança por la profesion de las armas resplandece, y campea sobre todas las otras. Acacicio pues que yendo don Quixote con el aplauso que se ha dicho, vn Castellano, que leío el retulo de las espaldas, alçõ la voz dizien lo: Valgate el diablo por don Quixote
de

de la Mancha : como, que hasta aqui has llegado sin auer te muerto los infinitos palos que tienes acuestas? Tu eres loco, y si lo fueras a solas, y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal: pero tienes propiedad de bolver locos, y mentecatos a quantos te tratan, y comunican, sino mireno por estos señores, que te acompañan : buelute, mentecato, a tu casa, y mira por tu hacienda, por tu muger, y tus hijos, y dexate destas variedades, que te carcomen el seso, y te desnatran el entendimiento. Hermano, dixo don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos, a quien no os los pide: el señor don Quixote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros, que le acompañamos, no somos necios, la virtud se ha de honrar, donde quiera que se hallare, y andad en hora mala, y no os metais donde no os llaman. Par diez, vuestra merced tiene razon, respondió el Castellano, que aconsejar a este buen hombre, es dar coeces contra el aguijon: pero con todo esso me dá muy gran lastima, que el buen ingenio, que dizen, que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desague por la canal de su Andante Caualleria: y la en hora mala, que vuestra merced dixo, sea para mi, y para todos mis descendientes, si de oy mas, aunque viniessse mas años que Marufalen, diere consejo a nadie, aunque me lo pida. Apartose el consejero, signió adelante el passo: pero fue tanta la priessa, que los muchachos, y toda la gente tenia, leyendo el retulo, que se le huuo de quitar don Antonio, como que le quitaua otra cosa. Llegô la noche, boluieronse a casa, huuo sarao de damas: porque la muger de don Antonio, que era vna señora principal, y alegre, hermosa, y discreta, combidó a otras sus amigas a que viniessen a honrar a su huésped, y âgustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenose esplendidamente, y començose el sarao

Segunda parte de don

ſarao caſi â las diez de la noche, entre las damas auia dos de guſto picaro, y burlonas; y con ſer muy honeſtas, eran algo deſcompueſtas, por dar lugar que las burlas alegráſſen ſin enfado, eſtas dieron tanta prieſſa en ſacar a dançar â don Quixote, que le molieron, no ſolo el cuerpo, pero el anima, era coſa de ver la figura de don Quixote, largo, tendido, ſlaco, amarillo, eſtrecho en el veſtido, deſſayrado, y ſobre todo no nada ligero: requebrauanle como â hurto las damiſelas, y el tambien como â hurto las deſdeñaua: pero viendoſe apretar de requeibros alçô la voz, y dixo: Fugite partes aduerſæ, dexadme en mi ſoſiego penſamientos mal venidos, allâ os auenid, ſeñoras, con vueſtros deſſeos, que la que es Reyna de los mios la ſin par Dulcinea del Toboſo no conſiente, que ningunos otros que los ſuyos me auáſſallen, y rindan, y diziendo eſto, ſe ſentô en mitad de la ſala en el ſuelo, molido, y quebrantado de tan baylador exercicio. Hizo don Antonio, que le lleuaſſen en peſſo a ſu lecho, y el primero que aſio del, fue Sancho, diziendole: Nora en tal, ſeñor nueſtro amo, lo auéis baylado, penſais, que todos los valientes ſon dançadores, y todos los Andantes Caualleros baylarines? digo, que ſi lo penſais, que eſtays engañado: hombre ay, que ſe atreuerâ a matar a vn Gigante, antes que hazer vna cabriola, ſi huierades de çapatear, yo ſupliera vueſtra ſalia, que çapateo como vn girifalte: pero en lo del dançar no doy puntada con eſtas, y otras razones dio que reyr Sancho a los del ſarao, y dio con ſu amo en la cama, arropandole, para que ſudáſſe la frialdad de ſu bayle. Otro dia le parecio a don Antonio ſer bien, hazer la experiencia de la cabeça encantada, y con don Quixote, Sancho, y otros dos amigos, con las dos ſeñoras que auian molido a don Quixote en el bayle, que aquella propia noche ſe auian quedado con la muger de don

Anto-

Antonio, se encerrò en la estancia, donde estava la cabeça: contoles la propiedad que tenia, encargoles el secreto, y dixoles, que aquel era el primero dia, donde se auia de prouar la virtud de la tal cabeça encantada, y sino eran los dos amigos de don Antonio, ninguna otra persona sabia el busilis del encanto, y aun si don Antonio no se le huiera descubierto primero a sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demas cayeron, sin ser posible otra cosa, con tal traça, y tal orden estava fabricada: el primero que se llegó al oydo de la cabeça fue el mismo don Antonio, y dixole en voz sumissa: pero no tanto, que de todos no fuesse entendida: Dime, cabeça, por la virtud que en ti se encierra; que pensamientos tengo yo agora, y la cabeça le respondió, sin mouer los labios con voz clara, y distinta, de modo, que fue de todos entendida esta razon: Yo no juzgo de pensamientos, oyendo lo qual, todos quedaron atonitos, y mas viendo, que en todo el aposento, ni al derredor de la mesa no auia persona humana, que responder pudiesse. Quanto estamos aqui (tornó a preguntar don Antonio) y suele respondido por el propio tenor pado: Estais tu, y tu muger con dos amigos tuyos, y dos amigas della, y vn Cauallero famoso, llamado don Quixote de la Mancha, y vn su Escudero, que Sancho Pança tiene por nombre. Aqui si que fue el admirarse de nuevo: aqui si, que fue el erizarse los cabellos a todos de puro espanto! Y apartandose don Antonio de la cabeça, dixo: Esto me basta para darme a entender, que no fui engañado del que te me vendio, cabeça sabia, cabeça habladora, cabeça respondona, y admirable cabeça! Llegue otro, y preguntete lo que quisiere: y como las mugeres de ordinario son presurossas, y amigas de saber, la primera que se llegó, fue vna de las dos amigas de la muger

Segunda parte de don

ger de don Antonio, y lo que le preguntô, fue: Dime, cabeça, que harê yo para ser muy hermosa, y fuele respondido, sê muy houesta. No te pregunto mas, dixo la preguntanta. Llegô luego la compañera, y dixo: Querria saber, cabeça, si mi marido me quiere bien, ô no. Y respondieronle: Mira las obras que te haze, y hecharlohas de ver. Apartose la casada, diziendo: Esta respuesta no tenia necesidad de pregunta: porque en efecto las obras que se hazen declaran la voluntad que tiene el que las haze. Luego llegô vno de los dos amigos de don Antonio, y preguntôle: Quien soy yo. Y fuele respondido: Tu lo sabes. No te preguntô esso, respondió el Cauallero, sino que me digas, si me conoces tu? Si conozco, le respondieron, que eres don Pedro Noriz. No quiero saber mas, pues esto basta para entender, ô cabeça, que lo sabes todo. Y apartandose llegô el otro amigo, y preguntole: Dime, cabeça, que desseos tiene mi hijo el Mayorazgo Ya yo he dicho, le respondieron, que y o no juzgo de desseos: pero con todo esso te sê dezir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte. Esso es, dixo el Cauallero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no preguntô mas. Llegose la muger de don Antonio, y dixo: Yo no sê, cabeça, que preguntarte, solo querria saber de ti, si gozarê muchos años de buen marido. Y respondieronle: Si gozarás: porque su salud, y su templança en el viuir, prometê muchos años de vida, la qual muchos suelen acortar por su destēplança. Llegose luego don Quixote, y dixo: Dime tu el q̄ respondes: Fue verdad, ô fue sueño lo que yo cuēto q̄ me passô en la cueua de Mōtesinos, seran ciertos los açotes de Sãcho mi Escudero, tēdra efecto el dessencãto de Dulcinea? a lo de la cueua, respōdieron: Ay mucho q̄ dezir de todo tiene: los açotes de Sancho yrã de espacio: el dessencanto de Dulcinea llegarã a deuida execucion. No quiero saber mas,
dixo

dijo don Quixote, que como yo vea a Dulcinea desennãrada, harè cuenta, que vienen de golpe todas las venturas que acertare a dessear. El vltimo preguntante fue Sancho, y lo que preguntò fue: Por ventura, cabeça, tendre otro Gouierno, saldre de la estrechez de escudero, boluere a ver a mi muger, y a mis hijos. A lo que le respondieron: Gouernaràs en tu casa, y sibuelues a ella, veras a tu muger, y a tus hijos, y dexando de seruir, dexaràs de ser escudero. Bueno par Dios, dixo Sancho Pança, esto yo me lo dixera, no dixera mas el Profeta Perogrullo. Bestia, dixo don Quixote, que quieres que te respondan, no basta, que las respuestas que esta cabeça ha dado, correspondan a lo que se le pregunta. Si basta, respondió Sancho: pero quisiera yo, que se declarara mas, y me dixera mas. Con esto se acabaron las preguntas, y las respuestas: pero no se acabò la admiracion, en que todos quedaron, excepto los dos amigos de dõ Antonio, que el caso sabian. El qual quiso Cide Hamete Benengeli de clarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo, que algun hechizero, y extraordinario misterio en la tal cabeça se encerraua, y así dize, que don Antonio Moreno a imitacion de otra cabeça que vio en Madrid fabricada por vn estampero, hizo esta en su casa para entretenerse, y suspender a los ignorantes, y la fabrica era de esta suerte. La tabla de la mesa era de palo, pintada y barnicada como jaspe, y el pie, sobre que se sostenia, era de lo mesmo, con quatro garras de aguila que del salian para mayor firmeza del peso. La cabeça que parecia medalla, y figura de Emperador Romano, y de color de bronze estaua toda hueca, y ni mas ni menos la tabla de la mesa, en que se encaxauan justamente, que ninguna señal de junta se parecia, el pie de la tabla era así mesmo hueco, que respondia a la garganta, y pechos de la cabeça, y todo esto venia a responder a otro aposento, que deba-

Segunda parte de don

zo de la estancia de la cabeça estaua por todo este hueco de pie, mesa, garganta, y pechos de la medalla y figura referida se encaminaua vn cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto: en el aposento de abaxo, correspondiente al de arriba le ponian, el que auia de responder, pegada la boca con el mesmo cañon, de modo, que a modo de ceruatana yua la voz de arriba abaxo, y de abaxo arriba en palabras articuladas, y claras, y de esta manera no era posible conocer el embuste. Vn sobrino de don Antonio estudiante, agudo y discreto, fue el respondiente, el qual estando auisado de su señortio de los que auian de entrar con el en aquel dia en el aposento de la cabeça, le fue facil responder con presteza y puntualidad a la primera primera pregunta, a las demas respondió por congeturas, y como discreto discretamente: y dize mas Cide Hamete, que hasta diez, o doze dias durò esta maravillosa maquina: pero que diulgandose por la ciudad que don Antonio tenia en su casa vna cabeça encantada, que a quantos le preguntauan respondia, temiendo, no llegasse a los oydos de las despiertas centinelas de nuestra Fè: auiendo declarado el caso a los señores Inquisidores, le mandaron, que lo deshiziesse, y no passasse mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizasse: pero en la opinion de don Quixote, y de Sancho Pança la cabeça quedó por encantada, y por respondona, mas a satisfacion de don Quixote, que de Sancho Los Caualleros de la ciudad por complazer a don Antonio, y por agassajar a don Quixote, y dar lugar ha que descubriessse sus sandezes, ordenaron de correr sortija de alli a seys dias, que no tuuo efecto por la ocasion que se dira adelante. Dio le gana a don Quixote de passear la ciudad a la llana, y a pie, temiendo

miendo, que si yua a cavallo le auian de perseguir los mochachos, y assi el, y Sancho con otros dos criados que don Antonio le dio, salieron a passearse. Succedio pues, que yendo por vna calle alçò los ojos don Quixote, y vio escrito sobre vna puerta, con letras muy grandes: Aqui se imprimen libros, de lo que se contentò mucho, porque hasta entoncces no auia visto emprenta alguna, y desseana saber, com o fuesse. Entrò dentro con todo su acompañamiento, y vio tirar en vna parte, corregiren otra, componer en esta, enmendar en aquella, y finalmente toda aquella maquina, que en las emprentas grandes se muestra. Llegauale don Quixote a vn cajon, y preguntaua que era aquello, que alli se hazia, dauanle cuenta los oficiales, admirauase, y passaua adelante: llegò en otras a vno, y preguntole, que era lo que hazia. El oficial le respondió, señor, este Cauallero que aqui està, y enseñole a vn hombre de muy buen talle y parecer, y de alguna grauedad; ha traduzido vn libro Toscano en nuestra lengua Castellana, y estoyle yo componiendo, para darle a la estampa. Que titulo tiene el libro, preguntò don Quixote. A lo que el autor respondió: Señor, el libro en Toscano se llama, le bagatele. Y que responde le bagatele en nuestro Castellano? preguntò don Quixote. Le bagatele, dixo el autor, es como si en Castellano dixesemos los jugetes, y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en si cosas muy buenas, y sustanciales. Yo, dixo don Quixote, se algun tanto de el Toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto: pero digame vueſſa merc ed señor mio (y no digo esto, porque quiero examinar el ingenio de v. m.) sino por curiosidad no mas, ha hallado en su escritura alguna vez nombrar piñata? Si muchas vezes, respondió el autor, y como la traduze v. m. en Castellano? preguntò

Segunda parte de don

don Quixote. Como la auia de traduzir , replicó el autor , sino diziendo olla . Cuerpo de tal , dixo don Quixote , y que adelante está vueſſa merced en el Toscano ydioma , yo apostaré vna buena apuesta , q̄ a donde diga en el Toscano piache , dize vueſſa merced en el Castellano plaze , y adonde diga piu , dize mas , y el ſu declara con arriba , y el giu con abaxo , ſi declaro por cierto , dixo el autor , porque eſſas ſon ſus propias correspondencias . Ofſaré yo jurar , dixo don Quixote , que no es vueſſa merced conocido en el mundo , enemigo ſiempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos , que de habilidades ay perdidas por ay , que de ingenios arrinconados , que de virtudes menospreciadas : pero con todo eſto me parece , que el traduzir de vna lengua en otra , como no ſea de las Reynas de las lenguas , Griega , y Latina , es como quien mira los tapices Flamencos por el rebes , que aunque ſe veen las figuras , ſon llenas de hilos , que las eſcurecen , y no ſe veen con la lifura , y tez de la haz , y el traduzir de lenguas faciles , ni arguye ingenio , ni elocución como no le arguye , el que traslada , ni el que copia vn papel de otro papel , y no por eſto quiero inferir que no ſea loable eſte exercicio del traduzir porque en otras cosas peores ſe podria ocupar el hombre , y que menos prouecho le irru xessen . Fuera deſta cuenta van los dos famosos traductores , el vno el Doctor Chriſtoval de Figueras en ſu Paſtor Fido , y el otro don Iuan de Xaurigui en ſu Aminta , donde felizmente ponen en duda , qual es la traduccion , o qual el original : Pero digame v. m. eſte libro imprimeſe por ſu cuenta , o tiene ya vendido el priuilegio á algun librero . Por mi cuenta lo imprimo , reſpondió el autor , y pienſo ganar mil ducados por lo menos con eſta primera impreſſion , que ha de ſer de dos mil cuerpos , y ſe han de deſpachar a ſeys reales cada vno , en daca las pajas . Bien está vueſſa merced en la cuenta , reſpondió don

don Quixote: bien parece, que no sabe las entradas y salidas de los Impressores, y las correspondencias que ay de vnos a otros, yo le prometo, que quando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, q̄ se espante, y mas si el libro es vn poco abieso, y no nada picante. Pues que, dixo el autor, quiere vueſſa merced, que que se lo dê a vn Librero, que me dê por el priuilegio tres marauedis, y aun piensa que me haze merced en darmellos, yo no imprimo mis libros, para alcançar fama en el mundo, que ya en el soy conocido por mis obras, prouecho quiero, que sin el no vale vn quattrin la buena fama. Dios le dê a vueſſa merced buena manderecha, respondió don Quixote, y paſô adelante a otro cajon, donde vio que estauan corrigiendo vn pliego de vn libro, que se intitulaua Luz del alma, y en viendolo, dixo: estos tales libros, aunque ay muchos deste genero, son los que se deuen imprimir, porque son muchos los peccadores que se vsan, y son menester infinitas luzes para tantos defalumbados. Paſô adelante, y vio que asimesmo estauan corrigiendo otro libro, y preguntando su titulo, le respondieron que se llamaua la segunda parte del ingenioso Hidalgo Quixote de la Mancha, cõpuesta por vn tal vezino de Tordeſillas. Ya yo tengo noticia deste libro, dixo don Quixote, y en verdad y en mi conciencia que pensê que ya estaua quemado, y echo poluos por impertinente: pero su san Martin se le llegarâ como a cada puerço, que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleytables, quanto se llegan a la verdad, o la semejança della, y las verdaderas tanto son mejores, quanto son mas verdaderas, y diziêdo esto, con muestras de algun despecho se salio de la imprenta, y aquel mesmo dia ordenô don Antonio de llevarle a ver las galeras, que en la playa estauan, de que Sancho se regozijô mucho, a causa que en su vida las auia visto. Auſô don Antonio al Quatraluo de las galeras, como:

Segunda parte de don

aquella tarde auia de llevar a verlas a su huésped el famoso don Quixote de la Mancha, de quien ya el Quatraluo y todos los vezinos de la ciudad teniã noticia, y lo que le sucedio en ellas se dira en el siguiente capitulo.

Capitulo LXIII. De lo mal que le auino a Sancho Pança con la visita de las galeras, y la nueva auentura de la hermosa Morisca.

GRANDES eran los discursos que don Quixote hazia sobre la respuesta de la encantada cabeça, sin que ninguno dellos diessè en el embuste, y todos parauan cõ la promessa, que el tauo por cierto, del desencãto de Dulcinea, alli yua y venia, y se alegrana entre si mismo, creyẽdo, que auia de ver presto su cõplimiento, y Sancho, aunq̃ aborrecia el ser Governador, como queda dicho, toda via dessea ua boluer a mandar, y a ser obedecido, que esta mala uentura trae consigo el mando, aunq̃ sca de burlas. En resoluciõ aq̃lla tarde don Antonio Moreno su huésped, y sus dos amigos con don Quixote, y Sancho fueron a las galeras, el Quatraluo q̃ estaua auisado de su buena uenida por ver a los dos tan famosos Quixote y Sancho, a penas llegarõ a la marina, quãdo todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimias, arrojaron luego el esquife al agua cubierto de ricos tapetes, y de almohadas de terciopelo carmesi, y en poniendo q̃ puso los pies en el D. Quixote, desapareció la Capitana el cañon de cruxia, y las otras galeras hizieron lo mesmo, y al subir dó Quixote por la escala derecha, toda la chusma le saludõ como es vsança, quando vna persona principal entra en la galera, diciendo: Hu, hu, hu; tres vezes, diole la mano el General que con este nombre le llamaremos, que era vn principal Cauallero Valenciano, abraçõ a don Quixote, diciendole: este dia señalarẽ yo con piedra blanca, por ser vno los de mejores que piensõ
lleuar

lleuar en mi vida auiendo visto al señor don Quixote de la Mancha, tiempo y señal que nos muestra que en el se encierra, y cifra todo el valor del Andante Caualleria. Con otras no menos corteses razones le respondió don Quixote alegre sobre manera, de verle tratar tan a lo señor. Entraron todos en la popa, que estava muy bien adereçada, y sentaróse por los bandines, passóse el Comitre en cruzia, y dio señal con el pito, que la chusma hiziesse suera ropa, que se hizo en vn instante. Sancho que vio tanta gente en cueros, quedó pasmado, y mas quando vio hazer tiēda cō tāta priessa, que a el le parecio, que todos los diablos andauan alli trabajando: pero esto todo fuerō tortas y pan pintado, para lo que aora dirē. Estaua Sancho sentado sobre el estanterol junto al espaldar de la mano derecha, el qual ya auisado de lo que auia de hazer, afsio de Sancho, y leuãndole en los braços toda la chusma, puesta en pie, y alçta, comēçãdo de la derecha vanda, le fue dãdo, y bolteando sobre los braços de la chusma de banco en banco, con tanta priessa, que el pobre Sancho perdio la vista de los ojos, y sin duda pensó, que los mismos demonios le lleuauan, y no pararon con el, hasta boluerle por la siniestra vãda, y ponerle en la popa, quedó el pobre molido, y jadeando, y trassudando sin poder imaginar que fue lo que sucedido le auia. Don Quixote que vio el buelo sin alas de Sancho, preguntó al General, si eran ceremonias aquellas, que se vsauan con los primeros que entrauan en las galeras, porque si a caso lo fuesse, el que no tenia intencion de professar en ellas, no queria haze semejantes exercicios, y que voraua a Dios, que si alguno llegaua a asirle, para bolrearle, que le auia de sacar el alma a puntillazos, y diciendo esto se leuantó en pie, y empuñó la espada. A este instante abatió tiēda, y con grãdissimo ruydo dexarō caer la entena de alto abaxo, pensó Sancho q̄ el cielo se desencaxaua de sus quizios, y venia a dar sobre su cabeça, y agouiandola

Segunda parte de don

lleno de miedo la puso entre las piernas, no las tuvo todas consigo don Quixote, que tambien se estremecio, y encogio de ombros, y perdio la color del rostro, la chusma hizo la entena con la misma priessa y ruydo que la auian amaynado, y todo esto callando, como sino tuuieran voz ni aliento, hizo señal el Comitre, que zarpassen el ferro, y saltando en mitad de la cruzia con el coruacho, o rebenq̄, començô a mosquear las espaldas de la chusma, y alargarle poco a poco a la mar. Quando Sachovio a vna mouer se tantos pies colorados, que tales pensô el, que eran los remos, dixo entresi: Estas si son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dize: que han hecho estos desdichados, que ansí los açoran, y como este hombre solo q̄ anda por aqui siluando tiene atreuimiento para açotar a tanta gente? Agora yo digo, que este es infierno, o por lo menos el purgatorio. Don Quixote q̄ vio la atenciô con q̄ Sancho miraua lo que passaua, le dixo: A Sancho amigo y cõ q̄ breuedad y quã a poca costa os podiades vos, si quisiesdes desnudar de medio cuerpo arriba, y ponerôs entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea, pues con la miseria y pena de tantos, no sentiriades vos mucho la vuestra: y mas que podrã ser, que el sabio Merlin toma sse en cuenta cada açote destos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os auéis de dar. Preguntar queria el General, que açotes eran aquellos, o que desencanto de Dulcinea: quando dixo el marinero, señãl haze Monjuí, de que ay baxel de remos en la costa por la vanda del Poniente. Esto oydo saltô el General en la cruzia, y dixo: ea hijos no se nos vaya, algun vergantín de corsarios de Argel deue de ser este. q̄ la atalaya nos señãla. Llegaron se luego las otras tres galeras a la Capitana, a saber lo que se les ordenaua: mandô el General, q̄ las dos saliesse a la mar, y el con la otra yria tierra a tierra, porque ansí el baxel no se les escaparia. Apretô la
chusma

chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecia que bolauan, las que salieron a la mar a obra de dos millas descubrieron vn baxel, q̄ con la vista le marcaron por de hasta catorze, o quinze bancos, y así era la verdad, el qual baxel, quando descubrio las galeras, se puso en caça, con intencion, y esperança de escapar se por su ligereza: pero auinole mal, porque la galera Capitana era de los mas ligeros baxeles que en la mar nauegauan, y así le fue entrando, que claramente los del vergantín conocieron, que no podian escapar se, y así el Arracz quisiera, que dexaran los remos, y se entregaran, por no irritar a enojo al Capitan, que nuestras galeras regia: pero la suerte que de otra manera lo guiaua, ordenó, que ya que la Capitana llegaua tan cerca, que podian los del baxel oyr las voces que desde ella les dezian, que se rindiessen; dos Toráquis, que es como de zir dos Turcos borrachos, que en el vargantín venian con estos doze dispararon dos escopetas, con que dieron muerte a dos soldados, que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo qual juró el General de no dexar con vida a todos quantos en el baxel tomasse, y llegando a enuestir con toda furia se le escapó por debaxo de la palamenta, pasó la galera adelante vn buen trecho, los del baxel se vieron perdidos, hizieron vela en tanto que la galera boluia, y de nuevo a vela y a remo se pusieron en caça: pero no les aprouecho su diligencia, tanto como les dañó su atreuimiento, porque alcançandoles la Capitana a poco mas de media milla, les echó la palamenta encima, y los cogio viuos a todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas quatro con la presa boluieron a la playa, donde infinita gente los estaua esperando, deseosos de ver lo q̄ traia: dio fondo el General cerca de tierra y conoció, que estaua en la marina el Virrey de la ciudad, mandó echar el esquife para traerle, y mandó amaynar la entena, para ahorcar luego luego al Arracz, y a

Segunda parte de don

los demas Turcos que en el baxel auia cogido, que serian hasta treynta y seys personas; todos gallardos, y los mas escopeteros Turcos. Preguntò el General, quien era el Arraez del vergantin, y fuele respondido por vno de los cauiuos en lengua Castellana (que despues parecio ser renegado Español) este mancebo, señor, que aqui vees, es nuestro Arraez, y mostrole vno de los mas bellos y gallardos moços que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad (al parecer) no llegaua a veynte años, preguntòle el General: Dime mal aconsejado perro, quien te mouio a matarme mis soldados, pues veias ser imposible el escaparte, esse respeto se guarda a las Capitanas? no sabes tu que no es valentia la temeridad, las esperanças dudosas han de hazer a los hombres atreuidos: pero no temerarios. Responder queria el Arraez, pero no pudo el General por entonces oír la respuesta, por acudir a recibir al Virrey, que ya entraba en la galera, con el qual entraron algunos de sus criados, y algunas personas del pueblo. Buena ha estado la caça, señor General, dixo el Virrey. Y tan buena, respondió el General, qual la vera vuestra Excelencia agora colgada de esta entena. Como ansí? replicò el Virrey. Porque me han muerto, respondió el General, contra toda ley, y contra toda razon y vfança de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar a quantos he cauiuado, principalmente a este moço, que es el Arraez del vergantin, y enseñole al que ya tenia aradas las nianos, y echado el cordel a la garganta, esperando la muerte. Mírole el Virrey, y viendole tan hermoso, y tan gallardo, y tan humilde, dandole en aquel instante vna carta de recomendacion su hermosura, le vino desseo de escusar su muerte, y así le preguntò: Dime Arraez eres Turcode nacion, o Moro, o renegado? A lo qual el moço respon-

respõdio en lengua afsi mefmo Castellana: Ni foy Turco de nacion, ni Moro, ni renegado. Pues que eres? replicò el Virrey. Muger Christiana, respõdio el mancebo. Muger y Christiana, y en tal trage, y en tales pasos, mas es cosa para admirarla, que para creerla. Suspended, dixo el moço, o señores la execucion de mi muerte, que no se perdera mucho en que se dilate vuestra vengança, en tanto que yo os cuente mi vida. Quien fuera el de coraçon tan duro, que con estas razones no se ablandara, o alomenos hasta oyr las que el triste y lastimado mancebo dezir queria? El General le dixo, que dixesse lo que quisiesse: pero que no esperasse alcançar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia el moço començò a dezir desta manera: De aquella nacion mas desdichada, que prudente, sobre quien ha llouido estos dias vn mar de desgracias, naci yo de Moriscos padres engendrada, en la corriente de su desventura fuy yo por dos tios mios llevada a Berberia, sin que me aprouechasse dezir que era Christiana, como en efecto lo foy, y no de las fingidas, ni aparentes, sino de las verdaderas, y Catolicas: no me valio con los que tenian a cargo nuestro miserable destierro, dezir esta verdad, ni mistios quisieron creerla, antes la tuuieron por mentira, y por inuencion, para quedarme en la tierra, donde auia nacido, y afsi por fuerça, mas que por grado me truxeron consigo: tuue vna madre Christiana, y vn padre discreto, y Christiano ni mas ni menos: mamê la Fê Catolica en la leche, crieme con buenas costumbres, ni en la lengua, ni en ellas jamas a mi parecer di señales de ser Morisca, al par y al paso destas virtudes (q̄ yo creo, que lo son) crecio mi hermosura, si es que tengo alguna, y aunq̄ mi recato y mi encerramiento fue mucho, no deuio de ser tanto, que no tuuiesse lugar de verme vn mancebo Cauallero llamado don Gaspar Gregorio, hijo
mayor.

Segunda parte de don

mayorazgo de vn Cauallero que junto a nuestro lugar o-
tro suyo tiene, como me vio, como nos hablamos, como
se vio perdido por mi, y como yo no muy ganada por el,
seria largo de contar, y mas en tiempo que eltoy temiendo
que entre la lengua, y la garganta, se ha de atrauessar el ri-
guroso cordel, que me amenaza, y assi solo diré, como en
nuestro destierro quiso acompañarme dō Gregorio: mez-
cose con los Moriscos que de otros lugares salieron, por
que sabia muy bien la lengua, y en el viage se hizo amigo
de dos tios mios, que consigo me traian, porque mi padre
prudente y preuenido, assi como oyó el primer vando de
nuestro destierro, se salió del lugar y se fue a buscar alguno
en los Reynos estranos, que nos acogiese, dexó encerra-
das, y enterradas en vna parte, de quiē yo sola tengo noti-
cia, muchas perlas, y piedras de gran valor, con algunos di-
neros en cruzados, y doblones de oro, mandome que no
tocasse al tesoro que dexaua en ninguna manera, si a caso
antes q̄ el boluiesse nos desterrauan. Hizelo assi, y cō mis
tios (como tengo dicho) y otros parientes, y allegados pas-
amos a Berberia, y el lugar donde hizimos asiēto, fue en
Argel, como si le hizieramos en el mismo infierno. Tuuo
noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la dio de mis
riquezas, q̄ en parte fue eturamia. Llamome antesi, pregū-
tome de que parte de España era, y que dineros, y que jo-
yas traia, dixele el lugar, y q̄ las joyas, y dineros quedauan
en el enterrados: pero que con facilidad se podria cobrar si
yo misma boluiesse por ellos. Todos esto le dixé, temero-
sa de que no le cegasse mi hermosura, sino su codicia. Estā
do conmigo en estas platicas, le llegaron a dezir, como ve-
nia conmigo vno de los mas gallardos y hermosos mance-
bos que se podia imaginar, luego entendí, que lo dezian
por don Gaspar Gregorio, cuya belleza se dexa atras las
mayores que encarecer se pueden. Turbeme, consideran-
do el peligro que don Gregorio corria, porque entre aque-
llos

Los Barbaros Turcos, en mas se tiene y estima vn mo-
chacho, o mancebo hermoso, q̄ vna muger por bellissima
que sea. Mandô luego el Rey, que se le truxessen alli de-
lante para verle, y preguntome, si era verdad lo que de a-
quel moço le dezian, entonces yo, casi como preuenida
del cielo, le dixi, que si era: pero que le hazia saber que no
era varon, sino muger como yo, y que le suplicaua me la
dexasse yr a vestir en su natural trage, para que de todo en-
tôdo mostrasse su belleza, y con menos empacho pare-
ciesse ante su presencia. Dixome, que fuesse en buena ho-
ra, y que otro dia hablâriamos en el modo que se podia te-
ner, para q̄ yo boluiesse a España â sacar el escondido reso-
ro, hablê cõ D. Gaspar, contele el peligro q̄ corria el mos-
trar ser hõbre, vestile de Mora, y aq̄lla mesma tarde le tru-
xe a la presencia del Rey, el qual, en viendole, quedô admi-
rado y hizo disignio de guardarla para hazer presente de-
lla al Gran señor, y por huir del peligro q̄ en el serrallo de
sus mugeres podia tener, y temer de si mismo, la mādô po-
ner en casa de vnâs principales Moras q̄ la guardassê, y la
siruiessen, adõde le lleuarõ luego, lo q̄ los dos sentimos (q̄
no puedo negar q̄ no le quiero) se dexa a la consideracion
de los q̄ se apartã, si biê se quierê, dio luego traça el Rey de
q̄ yo boluiesse a España en este vergãtin, y q̄ me acõpañãf-
sen dos Turcos de naciõ, q̄ fuerõ los q̄ matarõ vuestros sol-
dados, vino tãbiê conmigo este renegado Español, señalã-
do al q̄ auia hablado primero, del qual se yo biê q̄ es Chri-
stiano encubierto, y q̄ viene cõ mas de sseo de quedar se en
Españ a, q̄ de boluer a Berberia, la demas chusma del ver-
gantín son Moros, y Turcos, q̄ no siruê de mas q̄ de vogar
al remo: los dos Turcos codiciosos ê insolentes, sin guar-
dar el orden q̄ traíamos, de q̄ a mi y a este renegado en la
primer parte ã España en habito de Christianos (de q̄ veni-
mos proueydos) nos echassen en tierra, primero quisierõ
barrer esta costa, y hazer alguna presa si pudierßen, temien-
do

Segunda parte de don

do, que si primero nos echauan en tierra, por algun accidente q̄ a lós dos nos sucediesse, podriamos descubrir, q̄ queda ua el vergantin en la mar, y si a caso huuiesse galeras por esta costa los tomassen, a noche descubrimos esta playa, y sin tener noticia destas quatro galeras, fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo q̄ auéis visto. En resoluciõ D. Gregorio queda en habito de muger entre mugeres, cõ manifesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos esperãdo, ò por mejor dezir temiẽdo perder la vida, q̄ ya me cansa. Este es señores el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada, lo que os ruego, es, que me dexeis morir como Christiana (pues como ya he dicho) en ninguna cosa he sido culpãte de la culpa en q̄ los de mi nacion hã caydo, y luego calló, preñados los ojos de tiernas lagrimas, a quien acõpañaron muchas de los que presentes estauan. El Virrey tierno y compasiuo sin hablarle palabra se llegò a ella, y le quitò con sus manos el cordel, que las hermosas de la Mora ligaua. En tãto pues q̄ la Morisca Christiana su peregrina historia trataua, tuuo clauados los ojos en ella vn anciano peregrino, q̄ entrò en la galera, quando entrò el Virrey, y a penas dio fin a su platica la Morisca, quando el se arrojò a sus pies, y abraçado de ellos cõ interrumpidas palabras de mil sollozos, y suspiros, le dixo: O Ana Felix desdichada hija mia, yo soy tu padre Ricote, que boluia a buscarte, por no poder viuir sin ti, q̄ eres mi alma, a cuyas palabras abrio los ojos Sancho, y alçò la cabeça (que inclinada tenia, pensando en la desgracia de su passeio) y mirando al peregrino, conocio ser el mismo Ricote, que topò el dia que salio de su Gobierno, y cõ firmose, que aquella era su hija, la qual ya desatada abraçò a su padre, mezclando sus lagrimas con las suyas, el qual dixo al General, y al Virrey, esta señores es mi hija, mas desdichada en sus sucesos, que en su nombre, Ana Felix se llama, con el sobre nombre de Ricote, famosa

mosa tanto por su hermosura , como por mi riqueza , yo sali de mi patria a buscar en Reynos estraños , quien nos albergasse , y recogiesse , y auendolo hallado en Alemania , bolui en este habito de peregrino , en compañía de otros Alemanes a buscar mi hija , y ha desenterrar muchas riquezas que dexê escondidas , no hallê a mi hija , hallê el tesoro que conmigo traygo , y agora por el estraño rodeo que auays visto , he hallado el tesoro , que mas me enriqueze , que es a mi querida hija , si nuestra poca culpa , y sus lagrimas , y las mias , por la integridad de vuestra justicia , pueden abrir puertas a la misericordia , vsadla con nosotros , que jamas tuuimos pensamiento de ofenderos , ni conuenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros , que justamente han sido desterrados. Entonces dixo Sancho , bien conozco a Ricote , y se que es verdad lo que dize , en quanto a ser Ana Felix su hija , que en essotras çarandajas de yr y venir , tener buena , o mala intencion , no me entremeto. Admirados del estraño caso todos los presentes , el General dixo : vna por vna vuestras lagrimas no me dexarân cumplir mi juramento , viuid hermosa Ana Felix los años de vida que os tiene determinados el cielo , y lleuen la pena de su culpa los insolentes , y atreuidos , que la cometierõ , y mandõ luego ahorcar de la entena a los dos Turcos , que a sus dos soldados auian muerto : pero el Virrey le pidio encarecidamente no los ahorcasse , pues mas locura q̄ valentia auia sido la suya. Hizo el General lo que el Virrey le pedia , porque no se executan bien las venganças a sangreclada : procuraron luego dar traça de sacar a D Gaspar Gregorio del peligro en q̄ quedaua. Ofrecio Ricote para ello mas de dos mil ducados que en perlas y en joyas tenia , dieronse muchos medios : pero ninguno fue tal , como el que dio el renegado Español , que se ha dicho , el qual se ofrecio de boluer a Argel en algun barco pequeño ,

Segunda parte de don

pequeño, de hasta seys bancos armado de remeros Christianos, porque el sabia donde, como, y quando podia, y de uia desembarcar, y assi mismo no ignoraua la casa donde don Gaspar quedaua. Dudaron el General, y el Virrey, el fiarse del ren gado, ni confiar de los Christianos que auia de vogar el remo. Fiole Ana Felix, y Ricote su padre dixo que salia a dar el rescate de los Christianos, si a caso se perdiessen. Firmados pues en este parecer, se desembarcò el Virrey, y don Antonio Moreno se lleuò consigo a la Morisca, y a su padre, encargandole el Virrey, que los regalasse, y acariciasse, quanto le fuesse posible, que de su parte le ofrecia, lo q̄ en su casa huuiesse para su regalo. Tanta fue la beneuolencia y caridad que la hermosura de Ana Felix infundio en su pecho.

Capitulo LXIIII. Que trata de la auentura que mas pesadumbre dio a don Quixote de quantas hasta entonces le auian sucedido.

LA muger de don Antonio Moreno, cuenta la historia que recibio grandissimo contento de ver a Ana Felix en su casa, recibiola con mucho agrado, assi enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo vno, y en lo otro era estremada la Morisca: y toda la gente de la ciudad, como a campana tañida, venian a verla: dixo don Quixote a don Antonio, que el parecer que auian tomado en la libertad de don Gregorio, no era bueno, porque renia mas de peligroso, que de conueniente, y que feria mejor, que le pusiessen a el en Berberia con sus armas y cavallo, que el le sacaria a pefar de toda la Morisma, como auia hecho don Gayferos a su esposa Melifendra. Aduierta vuesa merced, dixo Sancho, oyendo.

oyendo esto, que el señor don Gaiferos sacò a su esposa de tierra firme, y la lleuò a Francia por tierra firme: pero aqui, si a caso facamos a don Gregorio, no tenemos por dõde traerle a España, pues estâ la mar en medio. Para todo ay remedio, sino es para la muerte, respondió dõ Quixote, pues llegando el barco a la marina, nos podremos embarcar en el; aunque todo el mûdo lo impida. Muy bien lo pinta, y facilita v.m. dixo Sancho; pero del dicho al hecho ay gran trecho: y yo me atengo al renegado, q̄ me parece muy hombre de bien, y de muy buenas entrañas. Dõ Antonio dixo, que si el renegado no saliesse bien del caso, se tomaria el espediẽte, de que el grã don Quixote passasse en Berberia: de alli a dos dias partio el renegado en vn ligero barco de seis remos por vãda, armado de valētissima chusma, y de alli a otros dos se partierõ las galeras a Leuante, auiedo pedido el General al Visorrey, fuesse seruido de auisarle de lo q̄ sucediesse en la libertad de dõ Gregorio, y en el caso de Ana Felix: quedò el Visorrey de hazerlo asì, como se lo pedia. Y vna màñana saliendo don Quixote a passearse por la playa armado de todas sus armas, porque como muchas vezes dezia, ellas eran sus arreos, y su desfcaño el pelear, y no se hallaua sin ellas vn punto, vio venir hàzia el vn Cauallero armado asì mismo de punta en blanco, que en el escudo traia pintada vna Luna resplandeciente, el qual llegando a trecho, que podia ser oydo, en altas voces, encaminando sus razones a don Quixote, dixo; Insigne Cauallero, y jamàs, como se deue, alabado don Quixote de la Mancha, yo soy el Cauallero de la blanca Luna, cuyas inauditas hazañas, quiza te le auran traydo a la memoria: vengo a contender contigo, y a prouar la fuerça de tus braços, en razon de hazerte conocer, y cõfessar, que mi dama, sea quien fuere, es sin comparaciõ mas hermosa que tu Dulcinea del Toboso, la qual verdad, si tu la confiesas de llano en llano, escusaràs tu

Segunda parte de don

muerte, y el trabajo que yo he de tomar en darte la, y si tu peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfacion, sino que dexando las armas, y absteniendote, de buscar aventuras te recojas, y retires a tu lugar por tiempo de vn año, donde has de viuir, sin echar mano a la espada, en paz tranquila, y en prouechoso fosiiego: porque assi conuiene al aumêto de tu hazienda, y â la saluaciõ de tu alma: y si tu vencieres, quedará a tu discrecion mi cabeça, y serán tuyos los despojos de mis armas, y cauallo, y passará a la tuya la fama de mis hazañas: mira lo q̄ te está mejor, y respondeme luego: porque oy todo el dia traygo de término para despachar este negocio. Don Quixote quedó suspensõ, y atonito, assi de la arrogancia del Cauallero de la blanca Luna, como de la causa, porque le desafiou: y con reposo, y ademán seüero le respondió: Cauallero de la blanca Luna, cuyas hazañas hasta agora no han llegado a mi noticia, yo osaré jurar, que jamas auéis visto a la illustre Dulcinea que si visto la huuiêrades, yo sê, que procurarades, no poner os en esta demanda, porque su visita os desengañara, de que no ha auido, ni puede auer belleza, que con la fuya comparar se pueda: y assi, no diciendos, que mentis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones, que auéis referido, aceto vuestro desafío y luego, porque nõ se passe el dia que trais determinado, y solo exceto de las condiciones, la de que se pafse a mi la fama de vuestras hazañas, porque nõ sê quales, ni que tales sean, con las mias me contento, tales quales ellas son: tomad pues la parte del Campo, que quisieredes, que yo harê lo mesmo, y a quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga. Auian descubierto de la ciudad al Cauallero de la blanca Luna, y dicho se lo al Visorrey, que estaua hablando con don Quixote de la Mancha. El Visorrey, creyendo seria alguna nueva auentura fabricada por don Antonio Moreno, o por otro algun Cauallero de

ro de la ciudad, salio luego a la playa con don Antonio, y con otros muchos Caualleros, que le acõpañauan, a tiempo, quando don Quixote boluia las riendas a rozinante, para tomar del cãpo lo necessario: viẽdo pues el Visorrey que dauan los dos señales de boluerse a encontrar, se puso en medio, preguntandoles, que era la causa, que les mouia â hazer tan de improuiso batalla. El Cauallero de la blanca Luna, respondiõ, q̃ era precedencia de hermosura, y en breues razones le dixo las mismas, q̃ auia dicho a don Quixote cõ la acetacion de las cõdicionẽs del dessãfio hechas por entrambas partes Llegose el Visorrey a don Antonio, y preguntole paso: Si sabia quien era el tal Cauallero de la blanca Luna, õ si era alguna burla, que querian hazer â don Quixote. Don Antonio le respondiõ: Que, ni sabia quien era, ni si era de burlas, ni de veras el tal dessãfio. Esta respuesta tuuo perplexo al Visorrey, en si le dexaria, õ no passar adelante en la batalla: pero no pudiendose persuadir, a que fuesse, sino burla, se apartõ, diciendo: Señores Caualleros, si aqui no ay otro remedio, sino confessar, õ morir, y el señor don Quixote estã en sus treze, y v. m. el de la blanca Luna en sus catorze, â la mano de Dios, y dense. Agradecio el de la blanca Luna con cortesses, y discretas razones al Visorrey la licencia que se le daua, y don Quixote hizo lo mesmo, el qual, encomendandose al cielo de todo coraçon, y a su Dulcinea (como tenia de costũbre, al començar de las batallas, q̃ se le ofreciã) tornõ a tomar otro poco mas del cãpo, por q̃ vio, que su contrario hazia lo mesmo, y sin tocar trõpeta, ni otro instrumento belico q̃ les diessẽ señal de arremeter, boluierõ entrambos â vn mesmo punto las riendas â sus cauallos, y como era mas ligero el de la blanca Luna, llegõ a don Quixote a dos terçios andãdos de la carrera, y alli le encontrõ con tan poderosa fuerça, sin tocarle cõ la lança, que la leuantõ, al parecer, de proposito, que

Segunda parte de don

dio con rozinante, y con don Quixote por el suelo vna peligrosa cayda, fue luego sobre el, y poniendole la lança sobre la vissera, le dixo: Vencido sois, Cauallero, y aũ muerto, sino cõfessais las cõdicones de nuestro desafio. Don Quixote molido, y aturdido, sin alçarle la vissera, como si hablara dẽtro de vna tũba, cõ voz debilitada, y enferma, dixo: Dulcinea del Toboso es la mas hermosa muger del mũdo, y yo el mas desdichado Cauallero de la tierra, y no es bien, q̃ mi flaqueza de fraude esta verdad, aprieta Cauallero la lança, y quitame la vida, pues me has quitado la hora: Esto no harẽ yo por cierto, dixo el de la blanca Luna, viua, viua en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, q̃ solo me contento con que el gran don Quixote se retire a su lugar vn año, ò hasta el tiempo, q̃ por mi le fuere mādado, como cõcertamos antes de entrar en esta batalla. Todo esto oyerõ el Visorrey, y don Antonio cõ otros muchos q̃ alli estauan, y oyerõ asì mismo, q̃ don Quixote respondio, q̃ como no le pidiesse cosa q̃ fuesse en perjuizio de Dulcinea, todo lo demas cõpliria como Cauallero pũtual, y verdadero. Hecha esta cõfessiõ boluio las riẽdas el de la blanca Luna, y haziendo messura cõ la cabeça al Visorrey, à medio galope se entrõ en la ciudad: mādõ el Visorrey a don Antonio, q̃ fuesse tras el, y q̃ en todas maneras supiesse quiẽ era. Leuãtaron a don Quixote, descubrieronle el rostro, y hallarõle sin color, y trasudado. Rozinãte de puro mal parado, no se pudo mouer por entõces. Sãcho todo triste, todo apesarado no sabia, q̃ dezirse ni q̃ hazerse, pareciale, q̃ todo aquel suceso passaua en sueños, y q̃ toda aquella maquina era cosa de encantamento: veia a su señor rãdido, y obligado a no tomar armas en vn año: imaginaua la luz de la gloria de sus hazanas escurecida, las esperãças de sus nueuas promessas desfechas, como se deshaze el humo cõ el viẽtro: temia, si quedaria, ò no contrechõ rozinãte, ò deslocado su amo, q̃ no
fuera

fuera poca ventura, si deslozado quedara: finalmente con vna silla de manos, que mandò traer el Visorrey, le lleuaron à la ciudad, y el Visorrey se boluiò tambien à ella con desso de saber, quien fuesse el Cauallero de la blanca Luna, que de tan mal talante auia dexado a don Quixote.

Capitulo LXV. Donde se dà noticia, quien era el de la blanca Luna, con la libertad de don Gregorio, y de otros sucesos.

Siguio don Antonio Moreno al Cauallero de la blanca Luna; y siguieronle tambien, y aun persiguieronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en vn meson dentro de la ciudad, entrò el don Antonio con desso de conocerle: saliò vn Escudero a recibirle, y à desarmarle: encerrose en vna sala baxa, y con el don Antonio, que no se le cozia el pan, hasta saber quiẽ fuesse. Viendo pues el dela blanca Luna, que aquel Cauallero no le dexaua, le dixo: Bien sè, señor, à lo que venis, que es à saber, quien soy, y porque no ay para que negaroslo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo dirè, sin saltar vn puto à la verdad del caso: Sabed, señor, que à mi me llamã el Bachiller Sanson Carrasco, soy del mesmo lugar de don Quixote de la Mancha, cuya locura, y sandez mueue, à que le tenga mos lastima todos quantos le conocemos, y entre los q̄ mas se la han tenido, he sido yo, y creyendo, que està su salud en su reposo, y en que se estè en su tierra, y en su casa, di traça para hazerle estar en ella, y asì aura tras meses q̄ le salì al camino como Cauallero Andante, llamandome el Cauallero de los espejos, con intencion de pelear con el, y vencerle, sin hazerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea, que el vencido, quedasse a discrecion del vencedor, y lo que yo pensaua pedirle (porque ya le juz-

Segunda parte de don

gava por vencido) era, que se boluiesse a su lugar, y que no saliesse del en todo vn año, en el qual tiempo podria ser curado: pero la suerte lo ordenô de otra manera, porque el me vencio â mi, y me derribô del cauallo, y assi no tubo efecto mi pensamiento; el prosiguiô su camino, y yo me bolui vencido, corrido, y molido de la cayda, que fue ademas peligrosa: pero no por esto se me quitô el desseo de boluer a buscarle, y â vencerle, como oy se ha visto. Y como eles tan puntual en guardar las ordenes de la Andante Caualleria, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su palabra. Esto es señor lo passa, sin que tenga que deziros otra cosa alguna, suplicoos no me descubrais, ni le digais â don Quixote quien soy, porque têngan efecto los buenos pensamientos mios, y buelua a cobrar su juyzio vn hombre que lo tiene bonissimo, como le dexen las sandezes de la Caualleria. O, señor, dixo don Antonio, Dios os perdone el agrauio que auéis hecho a todo el mundo, en querer boluer cuerdo al mas gracioso loco que ay en el. No veis, señor, que no podra llegar el provecho, que cause la cordura de don Quixote, â lo que llega al gusto que dá cõ sus desuarios: pero yo imagino, que toda la industria del señor Bachiller no ha de ser parte, para boluer cuerdo â vn hombre tan rematadamente loco, y si no fuesse contra caridad diria, que nunca sane don Quixote: porque cõ su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Pança su Estudero, que qualquiera dellas puede boluer â alegrar a la misma melancolia: con todo esto callarê, y no le dirê nada, por ver, si salgo verdadero en sofpechar, que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco. El qual respondiô, que ya, vnâ por vnâ estaua en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz sucesso: y auientdole ofrecido don Antonio de hazer lo que mas le mandassè, se despidio del. Y hecho

liar

liar sus armas sobre vn macho, luego al mismo punto sobre el cauallo con que entrô en la batalla, se salio de la ciudad aquel mismo dia, y se boluiô a su patria, sin sucederle cosa, que obligue a contarla en esta verdadera Historia. Contô don Antonio al Visorrey todo lo que Carrasco le auia contado, de lo que el Visorrey no recibîo mucho gusto, porque en el recogimiento de dō Quixote se perdia el que podian tener todos aquellos, que de sus locuras tuuiesen noticia. Seis dias estuuo don Quixote en el lecho, marrido, triste, pensatiuo, y mal acondicionado, yendo, y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento: consolauale Sancho, y entre otras razones le dixo: Señor mio, alce v. m. la cabeça, y alegrese, si puede, y dê gracias al cielo, que ya que le derribô en la tierra, no salio con alguna costilla quebrada, y pues sabe, que donde las dan las toman, y que no siempre ay tocinos, donde ay estacas, dê vna higa al Medico, pues no le ha menester, para que le cure en esta enfermedad: boluamonos a nuestra casa, y dexemonos de andar buscando aventuras por tierras, y lugares, que no sabemos, y si bien se considera, yo soy aqui el mas perdido, aun que es v. m. el mas mal parado. Yo, que dexê cō el Gouier no los desseos de ser mas Governador, no dexê la gana de ser Conde, que jamas tendra efecto, si vuesa merced dexa de ser Rey, dexando el exercicio de su Caualleria, y assi vienen a boluerse en humo mis esperanças. Calla, Sancho, pues ves, que mi reclusion, y retirada no ha de pasar de vn año, que luego bolueré à mis honrados exercicios, y no me ha de faltar Reyno que gane, y algun Cōdado que darte. Dios lo oyga, dixo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oydo dezir, que mas vale buena esperança, que ruyn possession. En esto estauã, quando entrô D. Antonio, diziendo, cō muestras de grãdissimo cōre to: Albricias, señor D. Quixote, q̄ D. Gregorio, y el renega

Segunda parte de don

do, que fue por el está en la playa, que digo en la playa, ya está en casa del Visorrey, y será aquí al momento. Alegro se algun tanto don Quixote, y dixo: En verdad, que estoy por dezir, que me holgara, que huuiera sucedido todo al rebes, por que me obligara a passar en Berberia, donde có la fuerça de mi braço diera libertad, no solo a don Gregorio, sino a quantos Christianos cautiuos ay en Berberia: pero que digo, miserable, no soy yo el vencido? No soy yo el derribado? No soy yo, el que no puede tomar arma en vn año? Pues que prometo? De que me alabò, si antes me conulene vsar de la rueca, que de la espada? Dexese desseñor, dixo Sancho, viua la gallina, aunque con su pepita: que oy por ti, y mañana por mi: y en estas cosas de encuētros, y porraços, no a y tomarles niento alguno, pues el q̄ oy cae, puede leuantarse mañana, sino es, que se quiere estar en la cama (quiero dezir) que se dexé desmayar, sin cobrar nueuos brios para nueuas pendencias: y leuantesé v.m. agora, para recibir a don Gregorio, que me parece, que anda la gente alborotada, y ya deue de estar en casa: y assi era la verdad, porque auiendo ya dado cuenta don Gregorio, y el renegado al Visorrey de su yda, y buelta, desseosso don Gregorio de ver â Ana Felix, vino con el renegado a casa de don Antonio, y aunque don Gregorio, quando le sacarõ de Argel, fue con habitos de muger, en el barco los trocò por los de vn cautiuo, que saliò consigo: pero en qualquiera que viniera mostrara ser persona para ser codiciada, seruida, y estimada: porque era hermoso sobre manera, y la edad, al parecer, de diez, y siete, ò diez, y ocho años. Ricote, y su hija salieron a recibirle, el padre con lagrimas, y la hija con honestidad. No se abrazaron vnos a otros, porque donde ay mucho amor, no fuele auer demasiada dessemboltura. Las dos bellezas juntas de don Gregorio, y Ana Felix admiraron en particular â todos juntos los que presentes estauan. El silencio fue
alli

alli el que hablò por los dos amantes , y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres, y honestos pensamientos: contò el renegado la industria, y medio que tuvo para facar a don Gregorio : contò don Gregorio los peligros, y aprietos en que se auia visto con las mugeres con quien auia quedado, no con largo razonamiento, sino con breues palabras, donde mostrò , que su discrecion se adelantaua a sus años. Finalmente, Ricote pagò, y satisfizo liberalmente, asì al renegado, como a los que auian bogado al remo. Reyncorporose, y reduxose el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido boluio limpio, y sano con la penitencia, y el arrepentimiento . De allia dos dias tratò el Visorrey con don Antonio , que modo tendrìan, para que Ana Felix, y su padre quedassen en España, pareciendoles, nõ ser de inconueniente alguno, q̄ quedassen en ella hija tan Christiana, y padre , al parecer, tan bien intencionado. Dõ Antonio se ofrecio venir a la Corte a negociarlo, donde auia de venir forçosamente a otros negocios: dando à entender, que en ella, por medio del fauor, y de las dadiuas muchas cosas dificultosas se acaban. No, dixo Ricote, que se hallò presente a esta plarica, ay q̄ esperar en fauores, ni en dadiuas: porque con el gran don Bernardino de Velasco, Conde de Salazar, a quien dio su Magestad cargo de nuestra expulsion, no valẽ ruegos, no promessas, no dadiuas, no lastimas. porque aunque es verdad, que el mezcla la misericordia con la justicia, como el vee, que todo el cuerpo de nuestra nacion estâ contaminado, y podrido, vsa con el antes del cauterio que abra la que del vnguento quemolifica: y asì con prudencia con sagacidad con diligencia, y con miedos que pone, ha lleuado sobre sus fuertes ombros a deuida execucion el peso desta gran maquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, sollicitudes, y fraudes, ayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que continuo tiene a lerra: porque no se le

Segunda parte de don

quede, ni encubra ninguno de los nuestros, que como rayzescondida, que con el tiempo venga despues à brotar, y à echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya deffembaraçada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia, heroyca resolucion del gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en auerla encargado al tal don Bernardino de Velasco. Vna por vna, yo harê, puesto allâ, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que mas fuere seruido, dixo don Antonio: don Gregorio se yrâ conmigo, à consolar la pena que suspadres deuen tener por su ausencia. Ana Felix se quedará con mi muger en mi casa, ô en yn Monasterio, y yo sê, que el señor Visorrey gustará, se quede en la suya el buen Ricote, hâsta ver como yo negocio. El Visorrey consintió en todo lo propuesto: pero don Gregorio, sabiendo lo que passâua, dixo: Que en ninguna manera podia, ni queria dexar a doña Ana Felix: pero teniendo intencion de ver à su padres, y de dar traça de boluer por ella, vino en el decretado concierto. Quedose Ana Felix con la muger de don Antonio, y Ricote en casa del Visorrey. Llegose el dia de la partida de don Antonio, y el de don Quixote, y Sancho, que fue de alli a otros dos, que la cayda no le concedio, que mas presto se pudiesse en camino: huuo lagrimas, huuo suspiros, desmayos, y sollozos al despedirse don Gregorio de Ana Felix, ofreciole Ricote a don Gregorio mil escudos si los queria: pero el no tomò ninguno, sino solos cinco, que le presto don Antonio, prometiendo la paga dellos en la Corte con esto se partierõ los do, y don Quixote, y Sancho despues (como se ha dicho) don Quixote dessarmado, y de camino, Sancho à pie por yr el ruzio cargado con las armas.

(*)

Capitulo LXVI. *Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oyra el que lo escuchare leer.*

AL salir de Barcelona, boluio don Quixote á mirar el sitio dóde auia caydo, y dixo: Aquí fue Troya, aquí mi desdicha, y no mi cobardia se lleuô mis alcãçadas glorias, aquí vsô la fortuna conmigo de sus bueltas, y rebueltas, aquí se escurecieron mis hazañas, aquí finalmente cayô mi ventura, para jamas leuantarse. Oyendo lo qual, Sancho, dixo: Tan de valientes coraçones es, señor mio, tener sufrimiêto en las desgracias, como alegría en las prosperidades, y esto lo juzgo por mi mismo, que si quãdo era Guernador, estaua alegre, agora q̄ soy Escudero de a pie, no estoy triste: porque he oydo dezir, q̄ esta, que llamã por aî fortuna, es vna muger borracha, y antojadiza, y sobre todo ciega, y asî no ve lo q̄ haze, ni sabe a quien derriba, ni a quiẽ ensalza. Muy Eilosofo estas, Sancho, respõdió don Quixote muy a lo discreto hablas, no sê quiẽ te lo enseña. Lo q̄ te sê dezir, es, q̄ no ay fortuna en el mûdo, ni las cosas q̄ en el suceden, buenas, ô malas q̄ sean, vienen a caso, si no por particular prouidencia de los cielos, y de aqui viene lo q̄ suele dezirse, q̄ cada vno es artifice de su ventura, yo lo he sido de la mia, pero no cõ la prudẽcia necessaria, y asî me me han salido al gallarin mis presunciones, pues deuiera pensar, que al poderoso grandor del cauallo del de la blanca Luna, no podia resistir la flaqueza de rozinante, atreuime en fin, hize lo que pude, derribaronme, y aunque perdí la honra, no perdí, ni puedo perder la virtud de cûmplir mi palabra: quando era Cauallero Andante, atreuido, y valiente, con mis obras, y con mis manos acreditaua mis hechos, y agora, quando soy Escudero pedestre, acreditarẽ mis palabras, cûmpliendo la que dí de mi promessa: camina pues, amigo

San-

Segunda parte de don Quixote

Sancho, y vamos a tener en nuestra tierra el año del nouiciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva, para boluer al, nunca de mi olvidado, exercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustossa el caminar a pie, que me mueua, è incite à hazer grandes jornadas: dexemos estas armas colgadas de algun arbol, en lugar de vn ahorcado, y ocupando yo las espaldas del ruzio, leuantados los pies del suelo, haremos las jornadas como v. m. las pidiere, y midiere, que pensar, que tengo de caminar a pie, y hazerlas grandes, es pensar en lo escufado. Bien has dicho Sancho, respondió don Quixote, cuéguense mis armas por trofeo, y al pie dellas, ò al rededor dellas grauaremos en los arboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estaua escrito:

*Nadie las mueua,
Que estar no pueda
Con Roldan a prueua.*

¶ Todo esto me parece de perlas, respondió Sancho, y si no fuera por la falta, que para el camino nos auia de hazer rozinante, tambien fuera bien dexarle colgado. Pues ni el, ni las armas, replicò don Quixote, quiero que se ahorquen: porque no se diga, que à buè seruicio mal galardon. Muy bien dize v. m. respondió Sancho, porque (según opinion de discretos) la culpa del asno no se ha de echar à la albarda: y pues deste suceso v. m. tiene la culpa, castiguese a si mesmo, y no rebienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas: ni por las mansedumbres de rozinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo, que caminen mas de lo justo. En estas razones, y platicas, se les passò todo aquel dia, y aun otros quatro, sin sucederles cosa, que estoruasse su camino: y al quinto dia, à la entrada de vn lugar, hallaron a la puerta de vn meson mucha gente, que
por

por ser fiesta se estava alli solaçado. Quando llegaua â ellos don Quixote, vn labrador alçô la voz, diziendo : Alguno destes dos señores, que aqui vienen, que no conocen las partes, dirâ, lo que se ha de hazer en nuestra apuesta. Si dirê por cierto, respondió don Quixote, con toda reſtitud, si es que alcançô a entenderla. Es pues el caſo, dixo el labrador, ſeñor bueno, que vn vezino deſte lugar, tan gordo, q̄ peſa onze arrobas, deſſaſio â correr a otro ſu vezino, q̄ no peſa mas que cinco, fue la condicion, q̄ auia de correr vna carrera de cien paſos cõ peſos iguales, y auindole preguntado al deſſaſador, como ſe auia de igualar el peſo, dixo, que el deſſaſado, q̄ peſa cinco arrobas, ſe puſieſſe ſeis de hierro acueſtas, y aſi ſe igualarian las onze arrobas del flaco con las onze del gordo. Eſſo no, dixo a eſta ſazon Sancho, antes que don Quixote reſpondieſſe, y a mi, q̄ ha pocos dias q̄ ſali de ſer Gouernador, y juez, como todo el mundo ſabe, toca aueriguar eſtas dudas, y dar parecer en todo pleyto. Reſpõde, en buen hora, dixo D. Quixote, Sancho amigo, q̄ yo no eſtoy para dar migas a vn gato, ſegun traygo alborotado, y traſtornado el juyzio. Cõ eſta licencia, dixo Sãcho a los labradores, q̄ eſtauan muchos al rededor del la boca abierta, eſperando la ſentẽcia de la ſuya. Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene ſombra de juſticia alguna, porq̄ ſi es verdad lo que ſe dize, q̄ el deſſaſado puede eſcoger las armas, no es bien q̄ eſte las eſcoga tales, que le impidã, ni eſtoruen el ſalir v̄cedor, y aſi es mi parecer, q̄ el gordo, deſſaſador, ſe eſcamonde, mõde, entreſaque, pula, y atilde, y ſaque ſeis arrobas de ſus carnes de aqui, ò de alli de ſu cuerpo, como mejor le pareciere, y eſtuuiere, y deſta manera, quedãdo en cinco arrobas de peſo, ſe igualarã, y ajustarã cõ las cinco de ſu cõtrario, yaſi podrã correr igualmẽte. Boto a tal dixo vn labrador, q̄ eſcuchô la ſentẽcia de Sãcho, q̄ eſte ſeñor ha hablado como vn bẽdito, y ſentẽciado como vn Canonigo: pero
â buen

Segunda parte de don

á buen seguro, que no ha de querer quitarse el gordo vna onza de sus carnes, quanto mas seis arrobas. Lo mejor, es, que no corran, respondió otro, porque el flaco no se mue- la con el peso, ni el gordo se descarné, yechese la mitad de la apuesta en vino, y lleuemos estos señores a la taberna de lo caro, y sobre mi la capa, quando llueua. Yo, señores, respondió don Quixote, os lo agradezco: pero no puedo detenerme vn punto: porque pensamientos, y sucesos tristes me hazen parecer descortés, y caminar mas que de paso, y así dâdo de las espuelas a rozinante, pasó adelante, dexâdolos admirados de auer visto, y notado, así su extra- ña figura, como la discrecion de su criado, q̄ por tal juzga- rón a Sâcho; y otro de los labradores, dixo: Si el criado es tan discreto, qual deue de ser el amo? Yo apostarê, que si van a estudiar a Salamãca, q̄ â vn tris hã de venir a ser Al- çaldes de Corte, q̄ todo es burla, sinõ estudiar, y mas estu- diar, y tener fauor, y ventura, y quãdo menos se piêsa el hõ- bre se halla con vna vara en la mano, ò cõ vna mitra en la cabeça. A quella noche la passaron amo, y moço, en mitad del cãpo al cielo raso, y descubierta, y otro dia, siguiêdo su camino, vieron, que hãzia ellos venia vn hõbre de a pie cõ vnâs alforjas al cuello, y vna azcona, ò chuzo en la ma- no proprio talle de correo de a pie, el qual, como llegó jun- to a don Quixote, adelantò el paso, y medio corriendo lle- gò a el, y abraçandole por el muslo derecho, que no alcã- çaua a mas, le dixo con muestras de mucha alegría: O mi señor D. Quixote de la Mancha, y que gran contento ha de llegar al coraçon de mi señor el Duque, quando sepa, que v. m. buelue a su Castillo, q̄ todauia se está en el con mi señora la Duquesa. No os conozco amigo, respondió don Quixote, ni se quiê sois, si vos no me lo dezis. Yo, señor don Quixote, respondió el correo, soy Tosilos el lacayo del Duque mi señor, q̄ no quise pelear con v. m. sobre el casa- miento de la hija de doña Rodriguez. Valame Dios, dixo don

don Quixote, es posible, que sois vos el que los encantadores, mis enemigos, transformarõ en esse lacayo que dezis, por defraudarme de la honra de aquella batalla. Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no huuo entãto alguno, ni mudãça de rostro ninguna, tan lacayo Tosilos, entrê en la estacada, como Tosilos lacayo salí della, yo pẽ sê casarme sin pelear, por auerme parecido bien la moça: pero sucediome al rebes mi pẽsamiêto, pues asì como v. m. se partiô de nuestro Castillo, el Duque mi señor me hizo dar ciẽ palos, por auer cõtrauenido a las ordenanças q̃ me tenia dadas, antes de entrar en la batalla, y todo â parado en que la muchacha es ya monja, y doña Rodriguez se ha buelto â Castilla, y yo voy aora â Barcelona â llevar vn pliego de cartas al Virrey, q̃ le embia mi amo: si v. m. quiere vn traguito, aunq̃ caliente, puro, aqui lleuo vna calabazã llena de lo caro, cõ no sê quãtas raxitas de quesso de trõchon, q̃ seruiran de llamatiuo, y despertador de la sed, si a caso estã durmiêdo. Quiero el embite, dixo Sãcho, y eche se el resto de la cortesia, y escancie el buẽ Tosilos a despecho, y pesar de quãtos encãtadores ay en las Indias. En fin, dixo dõ Quixote, tu eres Sãcho el mayor glotõ del mũdo, y el mayor ignorãte de la tierra, pues no te persuades, q̃ este correo es encãtado, y este Tosilos cõtrahecho; quedarê cõ el, y hartatê, q̃ yo me yrê adelãte poco â poco, esperandote â q̃vêgas. Riose el lacayo, dessembayno su calabazã, dessalforjõ sus raxas, y facãdo vn pancillo, el, y Sãcho se sentarõ sobre la yerua verde, y en buena paz cõpañia despauilaron, y dieron fondo cõ todo el repuesto de las alforjas con tan buenos alientos q̃ lamierõ el pliego de las cartas, solo porque olia a quesso. Dixo Tosilos â Sancho. Sin duda este tu amo, Sãcho amigo, deue de ser vn loco. Como deue, respondió Sancho, no deue nada a nadie, q̃ todo lo paga, y mas quãdo la moneda es locura; bien lo veo yo y bien se lo digo a el, pero que aprouecha, y mas agora que

Segunda parte de don

que vá rematado, porque vá vencido del Cauallero de la blanca Luna. Rogole Tosilos le contasse lo que le auia sucedido: pero Sancho le respondió: Que era descortesia dexar, que su amo le esperasse, que otro dia, si se encontrassen, auria lugar para ello: y leuantandose, despues de auerse sacudido el fayo, y las migajas de las barbas, antecogio al ruzio, y diziendo: â Dios, dexô a Tosilos, y alcançô a su amo, que a la sombra de vn arbol le estaua esperando.

Cap. LXVII. De la resolucion que tomò don Quixote de hazer se pastor, y seguir la vida del campo, en tanto que se passaua el año de su promessa, con otros successos, en verdad gustosos, y buenos.

SI muchos pensamiêtos fatigauan a don Quixote, antes de ser derribado, muchos mas le fatigaron despues de caydo. A la sombra del arbol estaua (como se ha dicho) y alli, como moscas a la miel le acudian, y picauan pensamientos, vnos yuan al deffencanto de Dulcinea, y otros a la vida que auia de hazer en su forçosa retirada. Llegô Sancho, y alabolê la liberal condicion del lacayo Tosilos. Es posible, le dixo don Quixote, que todauia, ô Sancho, pienses, que aquel sea verdadero lacayo, parece, que se te ha ydo de las mientes, auer visto a Dulcinea conuertida, y transformada en labradora, y al Cauallero de los espejos en el Bachiller Carrasco, obras todas de los encantadores, que me persiguen: pero dime agora, preguntaste a esse Tosilos, que dizes, que ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia, ô si ha dexado ya en las manos del oluido los enamorados pensamientos, q̄ en mi presencia la fatigauã? No eran, respôdio Sancho, los q̄ yo tenia tales, q̄ me diessen lugar a preguntar boberias: cuerpo de mi, señor, está v. m. aora en terminos de inquirir pensamien-

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

LA PRESENTE EDICION, REPRODUCIDA IDÉNTICA Y FIELMENTE

POR LA

FOTOGRAFÍA É IMPRENTA

DE LA PRIMERA QUE DIÓ Á LUZ EN 1605 EL INMORTAL CERVANTES

y de la cual solo se conocen dos ejemplares, propiedad de

LA ACADEMIA ESPAÑOLA Y LA BIBLIOTECA NACIONAL,

CONSTARÁ

de 1248 páginas, fotografiadas é impresas

CON TODO LUJO, QUE FORMARÁN DOS VOLÚMENES (1.^a y 2.^a parte.)

SE PUBLICARÁ

UNA ENTREGA MENSUAL

de 48 páginas.—Toda la obra 26 Entregas.

PRECIO DE CADA ENTREGA EN MADRID Y PROVINCIAS

20 Rs. vn. (5 Pesetas.)—En el extranjero, 6 Francos.

Se pagará una entrega adelantada, á cuyo fin la primera entrega se hará en dos repartos, que solo constarán de 24 páginas.

Al final de cada tomo recibirán los suscritores, como regalo, los apéndices de notas y aclaraciones escritas por el Excmo. Sr. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

La asociacion propagadora de la primera edicion del QUIJOTE, deseando que esta obra importantísima, que varias corporaciones literarias han tenido el sentimiento de no poder realizar por falta de medios, pueda llevarse á término, confia en la cooperacion de cuantas personas se interesen por el concepto literario y artístico de España.

Á este fin ha acordado lo siguiente:

«Tendrán ingreso en la Asociacion cuantos procuren la propagacion de ejemplares y se recompensará su celo con una medalla conmemorativa de la obra, en la que se grabará el nombre del asociado.

LA MEDALLA SERÁ

DE METAL BLANCO. . . . Por cada tres ejemplares.
DE BRONCE. Por cada diez id.
DE PLATA. Por cada veinte id.

Acompaña á esta obra un Apéndice de notas y aclaraciones sobre el QUIJOTE escritas por dicho Sr. HARTZENBUSCH, DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL, y dos portadas en colores que serán la expresion del mayor adelanto alcanzado por la Imprenta en la época actual.

Cada trimestre se publicará (gratis para los suscritores) un

BOLETIN DEL QUIJOTE

con los escritos que sobre esta obra se publiquen en la prensa y las listas de asociados y suscritores, etc.

Imp. de Ramirez y C.^a—1872.